

sucedía al jugador aquel, que escribía á su esposa desde el tapete verde: "*Hijita: mándame dinero que estoy ganando?*"

Y digo esto porque los escritores de qué me ocupo no cesan de pedir á los braceros que vayan á establecerse á la tierra caliente; á los capitalistas que empleen su fortuna en los cultivos de cocos, café y naranjas; y al Gobierno que regale los terrenos baldíos á los agricultores para que se ensanchen los cultivos. Si la industria es tan bonancible, ¿por qué está siendo tan estéril la propaganda?

Los buenos negocios no necesitan propagandistas, porque solos se recomiendan: ahí está la Sierra Mojada que no me dejará comprometido en esta aserción. Los prodigios que ha obrado la minería en aquella región son tan recientes que nadie puede negarlos: aquella tierra antes desierta, estéril y seca, es hoy un emporio de riqueza; se ha levantado en ella millares de edificios; se ha hecho brotar el agua en varias partes; se ha construído caminos y ferrocarriles sin subvención; y produce hoy al Gobierno aquella región metalífera más rentas en un año que las que han producido en veinte años los cafetales; y téngase presente que los operarios, los capitalistas y los empresarios han ido allá de propia voluntad, á sus expensas y sin que nadie les dijese por la prensa que se iban á hacer millonarios. ¿Se dirá todavía que la industria minera es la causa de nuestra pobreza? Si tal sucede, los mineros pueden decir con toda confianza: *Aquel sabe que sé salva; que el otro no sabe nada.*

LOS MEXICANOS DEBEMOS SER BIMETALISTAS,

AUNQUE SÓLO SEA POR MERO PATRIOTISMO.

Benjamin Franklin, el notable físico que recogió por primera vez las chispas de la electricidad de una nube con su célebre pararrayo; el eminente político que hizo revocar en Londres el "Acta del Timbre," que prohibía á las colonias americanas decretar impuestos locales; el habilísimo diplomático, recibido con entusiasmo en París, cuando fué á impetrar socorros para conquistar la libertad de su patria, era también un hombre de trato agradable y de amables y galantes maneras, por lo cual se captó las más cordiales simpatías durante su residencia en la capital de Francia.

Refiérese que un día que se hallaba este ilustre americano en una reunión escogida, donde se hablaba muy bien de América, le dijo una hermosa dama:

—Si yo no fuese francesa, desearía ser americana.

A lo que contestó él, con mucha amabilidad.

—Pues yo si no fuese americano, desearía serlo.

Esta sola frase del distinguido patriota pinta admirablemente el carácter del pueblo americano, que es esencialmente práctico y cuya virtud fundamental es el patriotismo más acendrado.

Si á un individuo de la raza latina se le hubiese ofrecido tal coyuntura se habría extremado en alardes de galantería respondiendo á la hermosa francesa que si no fuese america-

no querría ser francés, y quizá hubiera llegado hasta decir que le pesaba ser americano por no haber nacido en Francia.

Es tal la costumbre que tenemos de hacer gala de nuestra galantería que hasta en los asuntos más serios y de mayor trascendencia para la patria solemos dar pruebas de flaqueza; y esto es tan cierto que no hace mucho tiempo que un diplomático dijo en el extranjero por la prensa *que amaba más á Francia que á su patria*, lo cual no deja de ser fuerte aunque se le considere hiperbólico. ¿Hay cosa más natural que decir uno con toda franqueza lo que más le conviene? Pues, sin embargo, hay personas que, con la mayor frescura, dicen lo contrario de lo que sienten. Esto explica por qué existen entre nosotros algunos escritores monometalistas, siendo así que los mexicanos todos debemos ser bimetalistas, por que el doble patrón es el único sistema monetario que conviene al país, teniendo en cuenta su abundante producción de plata.

En cuanto á mí debo decir, parodiando á Franklin, que si no fuese bimetalista, desearía serlo, porque estoy plenamente convencido de que este es el camino trazado por el verdadero patriotismo.

Puede ser que digan los platicidas que la ciencia no tiene patria porque forma el patrimonio de la humanidad, lo cual es demasiado decir, tratándose de la economía política que debe tener aplicaciones prácticas muy precisas. Está bien que digan esas y otras lindezas por el estilo los idealistas, porque son tan buenos, tan amantes de lo bello que parece que se olvidan de este mundo terrenal y prosaico para extasiarse en una atmósfera celestial; pero los economistas no deben decirlo, supuesto que la ciencia económica es positiva y está encaminada á procurar el engrandecimiento y la prosperidad nacional. Sería gracioso que aquí, en México, nos dedicásemos á buscar la manera de hacer próspera y feliz á la nación francesa, por ejemplo, mientras dejábamos perecer en la miseria á nuestra pobre patria; lo natural, lo lógico es, que bus-

quemos la felicidad propia antes que la ajena. Se dirá que esto es egoísmo, pero no por eso deja de ser amor patrio.

Los optimistas económicos, en cuyo número debe contarse, en primer término, á Saint Simon, nunca han de tener éxito, porque al mismo tiempo que procuran embellecer sus doctrinas tratan de generalizarlas tanto que siempre acaban por hacer fiasco; así se explica la desesperación del fundador de esta escuela, que llegó hasta el extremo de darse un tiro, con el cual perdió un ojo; y aunque se reanimó después y comenzó de nuevo sus tareas, sus enseñanzas iban causando tanto daño á la sociedad que, apenas murió el respetable maestro, fueron dispersados sus discípulos por la policía.

Este desastre no ha sido bastante para que los optimistas limitasen sus aspiraciones y hace largo tiempo que trabajan por establecer el monometalismo en el mundo entero, porque creen á pie juntillo que este es el bien supremo de la economía política, el bello ideal monetario. Y no les importa que tal sistema esté produciendo grandes trastornos en los países donde se ha establecido, porque no se paran en pelillos y han olvidado enteramente esta sentencia antigua: *cosa cumplida, sólo en la otra vida*.

Pero voy á concretar la cuestión al monometalismo americano-latino, porque la verdad es que causa grima ver cómo andan de Herodes á Pilatos algunas repúblicas americanas con motivo de la cuestión monetaria.

Comenzaré por la que está más cerca de nosotros, Guatemala, en la cual los poderes Legislativo y Ejecutivo andan en dimes y diretes. El Ejecutivo, por sí y ante sí, expidió un decreto previniendo que se hiciese en oro el pago de los derechos de importación y de algunos otros impuestos; y la Comisión Permanente del Congreso ha declarado que, conforme á la Constitución de la República, el Ejecutivo no tiene facultad para expedir ley alguna reformando el sistema tributario. Parece que se convocó al Congreso á sesiones extraordinarias y que no habiéndose reunido el 10 del mes co-

riente, ha quedado disuelto por un decreto presidencial, en el que se dispone que se verifiquen nuevas elecciones. Existe, pues, en aquella República un conflicto que puede orillarla fácilmente á una revolución por causa del monometalismo, si es que así puede llamarse el monstruoso sistema monetario establecido por el General Reyna Barrios, que consiste en cobrar en oro una parte de los impuestos y pagar en plata á los empleados públicos. Por lo visto hay Presidentes constitucionales que confundan lastimosamente sus atribuciones, porque creen que *labrar, y hacer albardas, todo es dar puntadas*. Ya he dicho que la República del Salvador tiene establecido el monometalismo, aunque de una manera condicional, puramente platónica; pues se necesita que se realice un empréstito en plata para comprar el oro que se ha de acuñar y poner en circulación; y como el crédito del Gobierno está por los suelos, se va aplazando la reforma decretada hasta los calendarios griegos. El Gobierno Salvadoreño es cauto y precavido y hace muy bien, si se tiene en cuenta lo sucedido en Guatemala: *¿quién con esos truenos no despierta?*

La República del Perú, que tiene tanta semejanza con la de México, por su importante historia minera y cuyos productos minerales son todavía su principal elemento de riqueza, acaba de dar el trueno gordo, expidiendo un decreto para hacer efectivo el pago en oro del veinticinco por ciento de los derechos de importación, desde el día 1º de Abril de 1894. Este decreto, con todo y ser tan malo, tiene su lado bueno: suprime los derechos de exportación de la plata en barras; pero en cuanto al pago en oro de los derechos arancelarios es muy posible que encuentre gran resistencia de parte de los causantes, porque así se elevan demasiado las cuotas del Arancel. Por otra parte, los mineros, interesados en la producción de plata, han de poner el grito en el cielo, al ver que el Gobierno es el primero en menospreciar el metal blanco, supuesto que da la preferencia al amarillo en las operaciones fiscales, con detrimento de la producción nacional. De veras que es

muy extraño que la República peruana haya dado un paso tan avanzado en la cuestión monetaria; mucho será que tal medida no sea causa de una revolución en aquel simpático país, cuya importancia financiera se debe en gran parte á la minería, por sus abundantes criaderos metalíferos y salinos; pero la novedad tiene gran imperio sobre nosotros, lo mismo en los Gobiernos que en los individuos, y por seguirla ciegamente se olvida que *más vale malo conocido, que bueno por conocer*.

Me parece que viene aquí *como pedrada en ojo de boticario*, el siguiente cablegrama:

“Washington, D. C. (18 Octubre). Rumórase, que la Secretaría de Hacienda dará órdenes á la subtesorería de Nueva York, á fin de restringir los pagos en oro, con la idea de aumentar cuanto sea posible la reserva de este metal que hoy se ha reducido á sólo \$85.000,000.”

Por lo expuesto se ve que á la República americana le está costando muy caro el monometalismo, que es como si dijéramos que le *cuesta la torta un pan*; y esto consiste en que el oro está subiendo mucho de precio, debido á las lucubraciones de los financieros optimistas y á las especulaciones de los jugadores de bolsa. En comprobación de este aserto copio aquí el siguiente cablegrama:

“Londres, 20 de Octubre. El oro en barras subió á 78 chelines la onza y sigue la demanda por él.”

Este furor que les ha entrado, tanto á los Gobiernos europeos, como á algunos americanos, de sublimar el sistema monetario, ha causado y sigue causando grandes males en el mundo entero: á medida que aumenta el número de las naciones monometalistas, sube la demanda del oro y crece considerablemente su precio, y llegará á escasear tanto el metal amarillo que será imposible el tráfico comercial. Entonces volverá á imperar el sistema antiguo, el bimetalismo, que tantos y tan buenos servicios ha prestado al comercio desde el principio del mundo.

No quiero terminar este artículo sin decir algunas palabras acerca de la noticia recibida de Roma, en los cablegramas del día 19 del mes corriente, sobre que *el Gobierno italiano va á disponer que los derechos de importación sean satisfechos en oro*. Esta noticia me ha dejado estupefacto, porque no comprendo cómo puede exigir el Gobierno el pago en oro de los derechos que ahora se pagan legalmente en plata; pues la moneda italiana de este metal representa su valor en oro, supuesto que ha sido emitida con el carácter de subsidiaria por el mismo Gobierno. Sería curioso que éste desconociese sus propios compromisos pecuniarios; si tal sucede el hecho se explicaría gráficamente con este aforismo vulgar: *págame lo que me debes, que de lo que te debo cuenta tenemos*.

La Industria Minera no será nunca la "Cenicienta" de la agricultura.

La literatura periodística tiene sus épocas memorables, en las cuales suele ponerse de moda algún asunto y ser objeto de lucubraciones diarias; esto está sucediendo ahora con la agricultura, recomendada á diario al Gobierno y á los particulares por los escritores públicos: al primero para que le imparta su poderosa protección y ayuda; y á los segundos para que empleen sus energías y sus capitales de toda preferencia en los negocios agrícolas, porque, según el decir de los publicadores, son los más remuneratorios. Escritores hay, muy entendidos por cierto, que recomiendan el cultivo extensivo; mientras que otros, con excelentes razonamientos, ensalzan el intensivo; y los hay también que forman cuentas galanas para demostrar que los agricultores se hacen muy pronto millonarios con los frutos tropicales. Sobre este punto ha habido y hay todavía escritores que han abusado de tal modo de la hipérbole, haciendo cálculos por demás lisonjeros, que ya nadie cree en esas pamemas.

Santo y bueno que se escriba en favor de la agricultura, promoviendo por cuantos medios sea posible su desarrollo: semejante tarea es digna de aplauso para todos los que deseamos el engrandecimiento y la prosperidad nacional; pero que no se desprecie á las demás industrias del país, y mucho menos á la minería que ha sido el origen y es todavía la base de la riqueza pública.